

TP Neoliberalismo, globalización y educación (recorte 1 para trabajar en clase)

Buscando otras posibilidades teóricas .Reivindiquemos a la vieja y gorda vaca sagrada

- En el contexto de la globalización: ¿Cuáles son los elementos intervinientes para realizar el análisis de la crisis de los sistemas modernos?; ¿Cuáles son los indicadores de crisis y efectos del neoliberalismo sobre el sistema? Considerar: rol del estado, situación de la educación pública y privada.

- Sobre las consecuencias de la implementación de las políticas neoliberales en la educación. ¿Por qué se modifica la función de la escuela? ¿Qué quiere decir que se convierte en un refugio socio cultural?

- La Operación discursiva neopositivista ¿Qué significa la resemantización de las categorías vinculadas a las reivindicaciones democráticas?; ¿En que se basa la estrategia de control sobre el rendimiento académico de docentes y estudiantes?; ¿Cuál es la tesis de la autora sobre lo que sería deseable con respecto al estado de situación de los sistemas luego de la implementación neoliberal?

Reivindiquemos a la vieja y gorda vaca sagrada

Se ha transformado en una muletilla decir que el sistema educativo no funciona, que los niños pobres ya no pueden aprender, que los jóvenes no saben nada y que los docentes carecen de la preparación que los caracterizaba en otros tiempos. Se trata de afirmaciones generales que requieren como sustento información cuantitativa y cualitativa seria, así como ser desagregados en cuestiones específicas, advirtiendo que existen diferentes situaciones en cada país. Además, en este mundo globalizado, se debe analizar la situación educativa en el marco de la crisis de los sistemas escolares y las universidades occidentales, y a la vez compararla con la que afecta a otros países. No se trata de argumentar que “mal de muchos...”, sino de distinguir aquellos problemas que son efecto del desgaste histórico del sistema de los que son propios de cada sociedad, para adquirir la posibilidad de ofrecer soluciones adecuadas. La pérdida de la capacidad de lectura, o la insuficiente adquisición de saberes básicos por parte de los alumnos, es una cuestión que se ha hecho evidente en Estados Unidos, en Suecia, en Francia, en México y en la Argentina. La rápida interferencia de la imagen, proyectada sobre la letra escrita, es un cambio de tanta magnitud como lo fue el lento pasaje de la cultura oral a la cultura letrada. La cultura de la imagen desplaza tanto a una como a la otra, lo cual puede observarse en la intromisión de la televisión en la mesa familiar, cuando ésta aún existe. Padres y abuelos ya transmiten insuficientemente sus saberes, gustos y valores mientras la televisión e Internet educa a ellos y a sus hijos. Sin embargo deberían evitarse los diagnósticos catastróficos que suponen la muerte de las formas tradicionales de comunicación y analizar su presencia en el interior de los nuevos lenguajes.

Pero uno de los rasgos dominantes de la tradición normalista ha sido que los maestros y profesores recibían una formación homogénea, mediante curricula producidos para todo el país, en caso como Uruguay, Argentina, Chile y México, o bien planes de estudio semejantes por sus bases ideológicas y conceptuales, en países más descentralizados como Brasil. El parecido de los curricula entre los países latinoamericanos era notable. Los normalistas estaban cortados por la misma tijera y esa uniformidad ayudó a la integración de las sociedades latinoamericanas del siglo XX, cuyas escuelas eran muy parecidas.

El normalismo es inherente al diseño decimonónico de los sistemas escolares nacionales y públicos, pero no tuvo la suficiente flexibilidad para adaptarse a los cambios que se produjeron a finales de aquel siglo. Desde la década de 1960 hasta mediados de los 80', la vinculación con las nuevas tecnologías consolidó una matriz de exterioridad. Una de las reacciones fue que los docentes normalistas rechazaron su introducción en sus aulas y los educadores populares resistieron el avance de la tecnología destinando largos debates y seminarios a denunciar la presencia del imperialismo en su textualidad. La segunda opción fue incorporar rápidamente una panacea tecnocrática, consumiendo el "enlatado", subordinando a esa racionalidad técnica toda clase de reflexión crítica y abandonando el saber pedagógico previo.



Por todo ello, se instaló una vinculación conflictiva entre la escuela y las nuevas tecnologías, ya fuera por resistencia y por cargarlas de valores negativos, o bien por una adopción sólo instrumental entendiéndolas como una fórmula rápidamente generalizable. Empero, “echamos al río el agua con el niño” y hemos llegado al borde de perder una trascendental batalla por no haber comprendido los cambios que se acercaban, haber confundido el mensajero con el mensaje, y el progreso con quienes se apoderaban de sus productos.

La reacción del normalismo escolar fue defensiva de la enseñanza tradicional; hasta ahora son insuficientes los docentes latinoamericanos que manejan Internet o saben introducir un buen programa de televisión en las actividades curriculares. La escolarización de la población de nuestros países creció, pero el poder de las escuelas quedó relativizado, perdiendo calidad y aumentando la insuficiencia de sus enseñanzas frente a un mundo en el cual se producían cambios muy profundos. La inequidad ha crecido peligrosamente. El caso donde se pueden observar con mayor claridad los efectos de ese fenómeno es la Argentina pues, habiendo conservado el segundo lugar en la región (después de Uruguay) en todos los indicadores educativos durante muchas décadas, hoy es un país con alto deterioro educativo. La inequidad se nota comparando las regiones, los sectores urbano y rural, los grupos sociales, las etnias y, aunque con claros signos de mejoría, todavía los géneros.

En la Argentina el gobierno de Carlos Saúl Menem trató de cumplir con las directivas del Banco Mundial en materia de política educativa, como lo hicieron casi todos los países latinoamericanos y caribeños. Entre las medidas que se les recomendaron deben destacarse:

- reducir al mínimo indispensable la oferta de educación del Estado a los ciudadanos, lo cual significa terminar con el sistema de educación pública liberal democrático, (cuyo fundamento último es la obligación del Estado de proporcionar, por lo menos, la educación básica que los ciudadanos están obligados legalmente a recibir).
- proporcionar educación de acuerdo a las libres demandas de la población, convenientemente evaluadas por los Ministerios de Economía y los controladores del pago de la deuda externa (lo cual es clausurar el servicio público educativo);
- reducir la inversión pública en educación y lograr la máxima eficiencia de los programas estatales residuales;
- volcar los programas residuales hacia aquellos sectores de la población en los cuales la inversión resulte más redituable en el corto plazo en relación al control social;
- proporcionar solo paquetes de información elemental a los sectores que van quedando rezagados dentro del espacio público;
- disminuir al mínimo la masa de docentes y establecer la libertad de mercado para su contratación, eliminando los convenios colectivos de trabajo.
- descentralizar los sistemas escolares derivando la responsabilidad educativa a instancias locales y comunitarias, y excluyendo a los organismos de mayor nivel gubernamental.

Esas directivas formaron parte de un paradigma que se aplicó de manera despereja en los distintos países. Ni siquiera el torrente neoliberal logró liquidar los rasgos pedagógicos históricamente precedentes y, aunque desde el punto de vista histórico es aún muy pronto para evaluar la profundidad de su penetración, me atrevo a plantear que no ha sido tan exitosa como aparentó serlo en los años 90. Con mayor certidumbre puede informarse que el efecto más extendido de las reformas neoliberales fue el deterioro de la educación. Es sólo una hipótesis que el tiempo evaluará.

Pero no puede negarse que durante la década de 1990 el neoliberalismo atravesó las puertas de los ministerios, direcciones y distritos, la mente de los funcionarios y los docentes, y la opinión pública, impulsando el retiro de los Estados de la función educativa y poniendo en grave peligro la transmisión de la cultura de grandes sectores sociales. Es la consecuencia de una concepción que no considera a la educación como un bien social, sino como un elemento del mercado cuya provisión debe regularse por la ley de la oferta y la demanda. La educación pública consiguió pocos apoyos provenientes de recursos estatales genuinos para financiar la reconversión del viejo sistema. En cambio, floreció una iniciativa privada dirigida

a hacer negocios fuera y dentro de la educación pública. Debe subrayarse que la política de los organismos internacionales, hegemonizada por el neoliberalismo, trata de restringir la inversión de los Estados no solo en educación superior sino incluso en la educación básica. Corre peligro la escolarización de millones de latinoamericanos.

Mientras los países de la Unión Europea y los norteamericanos producen reformas académicas, administrativas y tecnológicas profundas en sus sistemas educativos, en la mayoría de los países latinoamericanos y caribeños siguen primando las tradicionales formas de gestión y tecnologías escolares. Si bien existen en la región antecedentes de programas educativos por los medios de difusión masiva, desde la década de 1930, cuando la Iglesia Católica conducía la colombiana Radio Sutatense, el salto cualitativo en la difusión de la tecnología que se produjo desde las décadas de 1980 y 1990 se inscribe en el marco de la globalización neoliberal. Con dificultades, algunos países, como México y Chile, adquirieron experiencia en la combinación de viejas y nuevas tecnologías en el espacio escolar. Otros, como Uruguay y Argentina, quedaron muy atrasados. Los dos países más influidos por la cultura europea de la región, cuya educación se había mantenido durante más de un siglo a la cabeza de todos los indicadores de éxito, se han “latinoamericanizado” por el peor de los caminos. Las Dictaduras de los años 1970-1980 prepararon el terreno para la aplicación de políticas de desguace del Estado y des-industrialización en los 90. En el caso de Argentina, más de la mitad de la población es pobre y un 20% vive en la miseria. Aunque el analfabetismo sigue siendo menor del 3%, sólo uno de cada cuatro chicos que ingresa a la escuela primaria termina la secundaria, el narcotráfico ya no afecta solamente por su tránsito por el país sino por el consumo propio y el sector más afectado por la desocupación es la juventud. La desocupación y la subocupación, después de dos años de políticas gubernamentales que incluyen elementos neokeynesianos, han disminuido pero aún sostienen por encima del 25% de la PEA.[22]

En tanto, los medios de comunicación masiva, lejos de colaborar en la modernización de los dispositivos de la instrucción pública, desgastan el lenguaje y empobrecen la cultura. El antagonismo ha cambiado: ahora la vieja vaca sagrada es una bendición para millones de chicos que en muchos países del mundo no tienen otro refugio socio-cultural. El sistema escolar sigue siendo necesario, como lo es el libro frente a la televisión o como lo fue la transmisión oral frente al producto de la imprenta.

El golpe a la educación pública fue también posible por la operación discursiva neopositivista, que ejecutaron las políticas neoliberales. El pedagogo Oscar Jara Holliday, en un trabajo acerca del problema de las alternativas pedagógicas señala que “dicho neopositivismo tuvo impacto en la medida que resemantizó categorías vinculadas a reivindicaciones democráticas de los años 6070 como “calidad”, “educación popular”, “desburocratización”, “libertad de enseñanza” y otras, habiéndolas relacionado con “eficiencia - eficacia”, “costo - beneficio”, “desestatización”, “libre mercado”, etc. Pero que en la década de los 90 ha entrado en un período de estancamiento y decadencia, lo que queda demostrado por el énfasis de su discurso pedagógico en producir formas de control de los sujetos y cierres a la libertad, bajo la puesta en boga de la prioridad de la “evaluación” de las prácticas educativas.” [23]

En síntesis, el escenario de la discusión ha cambiado, los sujetos son distintos, aunque muchos de ellos conserven los mismos nombres, los discursos han trastocado sus términos. Como parte de esa situación, la vieja y gorda vaca reproductora de ideologías resulta actualmente uno de los pocos baluartes que les restan a los expoliados pueblos latinoamericanos. La escuela pública es, de acuerdo a su definición liberal, proveedora obligada de la misma cultura para todos. Aunque las desigualdades y diferencias culturales sociales previas y exteriores a ella obstaculizaran esa finalidad, la escuela tiene la potencialidad de un dispositivo apto para limarlas y ofrecer posibilidades semejantes de ascenso social. Aunque motivos diversos impidieron en la historia latinoamericana que se cumpliera cabalmente esa función, el sistema escolar ha sido la institución que poseyó y puso en juego más mecanismos de estimulación de un reparto cultural que respondiera a los derechos igualitarios de los ciudadanos y sus hijos.

Los sistemas educativos latinoamericanos están sufriendo las consecuencias de la globalización, que es producto del avance civilizatorio, del afán del hombre por comunicarse, conocer el mundo y el universo y compartir los saberes que permiten mejorar la calidad de vida. Pero que ha tomado un camino plagado de injusticias, en tanto, paralelamente, ha cobrado fuerza un localismo regresivo y fundamentalista que, utilizando la más moderna tecnología, amenaza trágicamente la continuidad de la vida humana. En ambos aspectos deben anotarse límites de la educación moderna, que estaba destinada a construir un nuevo humanismo universal, basado en los derechos superiores del hombre y la mujer, que constituyera el basamento de las sociedades.

El carácter neoliberal de la globalización ha minado las bases de sistemas escolares que hace treinta años eran objeto de la confianza de los sectores progresistas liberales, cuyos técnicos pronosticaban la eliminación del analfabetismo y el alcance de altos índices de escolaridad para la población latinoamericana de fines del siglo. Ha contribuido también al debilitamiento y dispersión del movimiento de educación popular no formal. Pero la naturaleza del neoliberalismo pedagógico en América Latina no puede definirse sin tener en cuenta las carencias de sus contrincantes. Es decir, sin subrayar la falta de alternativas capaces de transformar los sistemas educativos, resguardando su carácter democrático.

El panorama actual de la educación latinoamericana es por lo menos alarmante, porque no ha sido suplantado un modelo educativo por otro, mejor o peor, sino por políticas educativas degradadas. Grandes masas empobrecidas (cuyos padres y madres habían avanzado en su nivel de participación en la cultura) tienen actualmente más dificultades para acceder a su derecho a la educación que, paradójicamente, muchos países de la región contienen en sus Constituciones o sus leyes fundamentales. Las reformas neoliberales dejan un tendal de pobres y analfabetos que amenaza con desequilibrar el mercantilizado escenario político y social. Los pobres que han visto reducido el poder de sindicatos que otrora los protegían, y ahora se vinculan inorgánicamente, que tienen cada vez menos acceso a escuelas y hospitales públicos, que han quedado fuera de los sistemas previsionales y cuya participación en el ingreso empeora día a día, constituyen también un problema para la estabilidad de la región, que lleva al neoliberalismo también hasta un límite.